

Pantaleón y las visitadoras (1973)

Del Ejército, sus putas

Noelia Benza Flores

*Hacer felices a los soldaditos
Y a los sargentos y a los cabitos
Es nuestra honrosa obligación [...]
Porque nos sobra patriotismo
Hacemos riquísimo el amor.
Himno de las visitadoras*

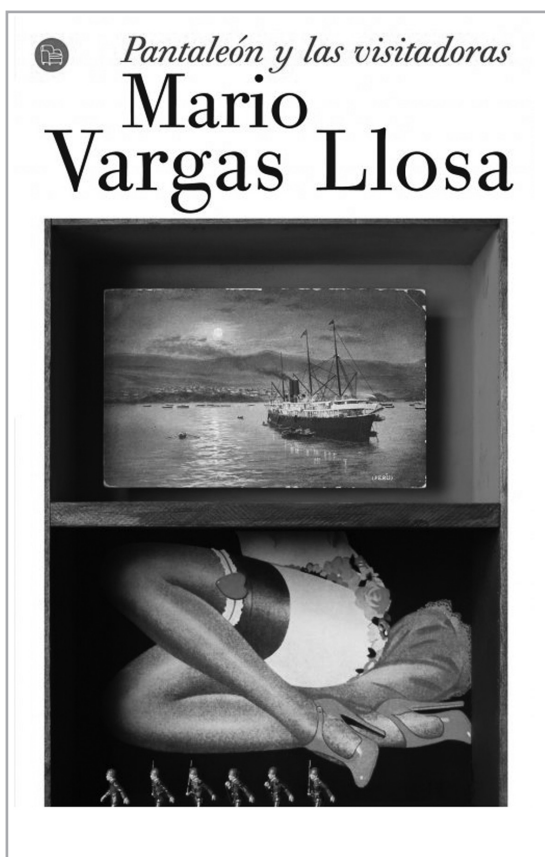
En Navidad, anunciaban por radio que se iban a regalar juguetes a los niños necesitados. Aquel día, recuerdo que hubo una gran conmoción en las afueras de la ciudad, justo donde estaba ubicado el *night club* más grande y próspero de Moquegua —irónicamente al frente del cementerio—. Colas interminables de niños, cientos de madres gritando y clamando por un regalo para sus hijos. ¿Quién era el Papá Noel responsable de este alboroto? El dueño del prostíbulo. El gran *cañicho* había decidido compartir la buena acogida del negocio y devolver, de cierto modo, *lo que los ciudadanos le habían dado*.

Un par de horas después realizaban un llamado, vía radial, para que ya no acudiera más gente, no solo porque se había formado un tumulto incontrolable en la zona, sino también porque los juguetes se habían agotado. Como era de esperarse, los que no lograron obtener su regalo volcaron sus quejas en la emisora local: "Si se dijo que eran más de cien mil juguetes, no pueden estar mintiendo de esa forma a la población, han hecho ilusionar a los pobres niños". Y se alzó la voz de la moralidad: "Pero debimos darnos cuenta desde un principio, qué se puede esperar de ese tipo de gente, de seguro todo era para encubrir el lavado del dinero sucio que obtiene". Para bien o para mal, la voz del pueblo se hizo escuchar una vez más; a la semana siguiente cerraron el local.

Lamentablemente no siempre se puede mantener contenta a la caprichosa masa, que se queja tanto cuando tiene como cuando le falta. Esta anécdota se puede encontrar plas-

mada, con sus variantes locales, en muchos lugares de nuestro país. Así, Mario Vargas Llosa lo representa de forma clara y satírica en su novela *Pantaleón y las visitadoras*.

El capitán Pantoja ha sido enviado a una misión especial a Iquitos, la calurosa capital de Loreto. Se han reportado atentados contra las mujeres de la localidad, atrocidades perpetradas por los soldados que, se supone, deberían defendernos. En vista de la mala imagen que estos hechos traen a la institución, los estrategas de Lima deciden crear un servicio especial que "satisfaga las necesida-



des de los hombres que entregan su vida por la patria; un prostíbulo particular. Hay que encarar las realidades y llamar al pan pan y al vino vino: los números necesitan cachar y usted les consigue con qué o lo fusilamos a cañonazos de semen”, fue la consigna que recibió. Pantaleón, maniaco de la organización, crea un sistema cual engranaje de reloj suizo —aunque claro, en su versión selvática— para cumplir su encomienda en total secreto.

Como es de suponer, en la ciudad habrá defensores, pero más detractores, del negocio que el tal Pantaleón Pantoja mantiene. El conductor del programa radial más escuchado de Iquitos, el popular Sinchi, será la voz de los moralistas y cucufatos que piensan que este hombre ha infectado la ciudad con su casa de prostitutas. En el fondo, no están de acuerdo con que solo se preste servicio exclusivo a los cuarteles y no a la población en general. “¿No sabía que Iquitos es una ciudad del corazón corrompido pero de fachada puritana?”.

Si resulta normal ver a las señoras golpeándose el pecho en la iglesia y luego mentando la madre a la vecina, por qué debería causar extrañeza que un militar vista el gallardo uniforme del Ejército peruano en el velorio de una prostituta, que dedicó su vida sirviendo a los soldaditos en los cuarteles, y le rinda los honores como a un compañero caído en batalla.

De este modo, la doble moral es la principal protagonista de la historia, donde el fanatismo religioso, las medias tintas y los vicios ocultos son los que terminarán manejando el comportamiento de los personajes. Tanto en Iquitos de los años cincuenta, como en la Moquegua contemporánea encontramos esas contradicciones que nos caracterizan. La burla es una forma de autocrítica que nos muestra cuán profundo es cada defecto de nuestra sociedad. La ironía con que Mario Vargas Llosa narra situaciones que, en principio, deberían considerarse serias, son la clave para entender esa realidad que nos negamos a aceptar.